

Primer Manifiesto del Surrealismo

PABLO PICASSO. (Málaga-España, 1881/Mougins-Francia, 1973). Su verdadero nombre: Pablo Ruiz Blasco. Pintor, escultor y poeta, es uno de los grandes artistas plásticos del siglo XX.

En 1907 rompe con toda la tradición de la estética occidental, la invención del Cubismo Analítico en 1911, configura la relación de Picasso con el Surrealismo, como las de un precursor y un ejemplo admirado.



IV parte

En el dominio literario, sólo lo maravilloso puede fecundar obras tributarias de un género tan inferior como la novela, o todo lo que participe, en líneas generales, de la anécdota. El Monje de Lewis constituye una prueba admirable. El soplo de lo maravilloso lo anima por entero. Mucho antes de que el autor haya liberado a sus personajes principales de toda coacción temporal, se los siente dispuestos a actuar con una altivez sin precedentes. Esa pasión por lo eterno que los mueve presta continuamente acentos inolvidables a sus tormentos y al mío. Lo considero un libro que exalta, del principio al fin, y con pureza inigualable, aquella parte del espíritu que aspira a abandonar la tierra: considero también que, despojado de una parte insignificante de su intriga novelesca, al gusto de la época, constituye un modelo de precisión y de inocente grandeza.*

No creo que haya nada mejor, y el personaje de Matilde, en especial, representa la creación más emocionante que pueda ponerse en el activo de ese modo figurado de literatura. Más que un personaje es una tentación permanente. ¿Y qué puede ser un personaje si deja de ser una tentación? Tentación extrema. El "nada es imposible para el que se atreve" logra en El Monje toda su convincente medida. Las apariciones tienen un papel lógico, puesto que el espíritu crítico no se apodera de ellas para refutarlas. De modo igualmente legítimo está tratado el castigo de Ambrosio, ya que finalmente el espíritu crítico lo acepta como desenlace natural.

Puede parecer arbitrario que yo proponga este modelo, cuando lo maravilloso ha sido el alimento constante de las literaturas nórdicas y orientales, sin hacer mención de las literaturas religiosas de todos los países. Esto se debe a que la mayor parte de los ejemplos que hubiese podido presentar de tales literaturas están infestados de puerilidad, por la sencilla razón de que se destinan a los niños. A éstos se les priva demasado pronto de lo maravilloso, y más adelante ya no conservan la indispensable virginidad de espíritu para sentir un placer intenso con Piel de Asno. Por encantadores que sean los cuentos de hadas, el hombre creería sentirse disminuido si se nutriera de ellos, y convengo que no todos son adecuados a su edad. El tejido de adorables inverosimilitudes ha de ser cada vez más sutil a medida que avanza, y todavía estamos a la espera de esa clase de arañas... Pero las facultades no cambian radicalmente: el miedo, la atracción por lo insólito, las oportunidades, el gusto por el lujo son resortes a los que nunca se recurrirá en vano. Quedan por escribir cuentos para adultos, cuentos que han de ser casi fábulas también.

Lo maravilloso no es igual en todas las épocas; participa oscuramente de una especie de revelación general de la que sólo nos llega algún detalle: las ruinas románticas, el maniquí moderno o cualquier otro símbolo capaz de conmover la sensibilidad del hombre durante cierto tiempo. Dentro de esos marcos que provocan una sonrisa, siempre aparece, sin embargo, la irremediable inquietud humana, y por eso los tomo en cuenta, juzgándolos íntimamente unidos a aquellas producciones geniales que están más dolorosamente afectadas por ella. Son las horcas de Villon, las gregas de Racine, los divanes de Baudelaire. Coinciden con un eclipse del gusto que estoy conformado para soportar, ya que me forjó del gusto la idea de una gran mancha. En el mal gusto de mi época me esfuerzo por superar a todos. De haber vivido en 1820, yo hubiese sido el de "la monja ensangrentada"; yo no habría escatimado el cazarro y trivial "Disimulemos" de que habla el parodista Cuisin; a mí me habría correspondido recorrer en metáforas gigantescas, como él dice, todas las fases del "Disco plateado". Pero hoy pienso en un

castillo, una de cuyas mitades no ha de estar forzosamente en ruinas. Ese castillo me pertenece; lo veo en un paisaje agreste, no lejos de París. Tiene infinitas dependencias, y los interiores han sido fabulosamente restaurados, de modo que nada quedara por desear en lo que respecta al confort. Se detienen automóviles ante su puerta, oculta por la sombra de los árboles. Algunos amigos míos se encuentran instalados allí definitivamente: ahí está Luis Aragon que sale -apenas tiene tiempo para saludarnos-; Philippe Soupault se levanta con las estrellas, y Paul Eluard, nuestro gran Eluard, no ha vuelto todavía. Robert Desnos y Roger Vitrac están en el parque descifrando un antiguo edicto sobre el duelo; y Georges Auric y Jean Paulhan; y Max Morise, que rema tan bien, y Benjamin Péret con sus ecuaciones de pájaros; y Joseph Delteil; y Jean Carrière; y Georges Limbour, y Georges Limbour (hay toda una retahíla de Georges Limbour) y Marcel Noll; aquí está también T. Fraenkel, que nos hace señas desde su globo cautivo y Georges Malkine, Antonin Artud, Francis Gérard, Pierre Naville, J. A. Boiffard; más allá Jacques Barón y su hermano, apuestos y cordiales, y tantos otros, y también mujeres arrebatadoras, os lo aseguro.

¿De qué podéis pretender que se abstengan todos estos jóvenes? Sus deseos son órdenes para la riqueza. Francis Picabia nos visita, y la semana pasada, en la galería de los espejos, hemos recibido a un tal Marcel Duchamp, a quien todavía no conocíamos. Picasso se dedica a cazar por los contornos. El espíritu de desmoralización ha instalado su sede en el castillo y nos las tenemos que ver con él cada vez que se trata de las relaciones con nuestros semejantes; pero las puertas están siempre abiertas, y ya se sabe que no se comienza por "dar las gracias" a las gentes. Por lo demás, la soledad es amplia; no es fácil que nos encontremos a menudo. Y a la postre, ¿no es lo esencial que seamos nuestros propios amos y también los amos de las mujeres y del amor?.

Se me acusará de impostura poética; todos se irán murmurando que yo vivo en la calle Fontaine y que no beberán de esa agua. ¡Caray! Pero ¿quién puede afirmar que ese castillo del que le hago los honores es mera ilusión? ¿Y si ese palacio existiera, a pesar de todo? Allí están mis huéspedes para atestiguarlo, llegados allí por el sendero luminoso de sus caprichos. Cuando estamos allí vivimos realmente según nuestra fantasía. ¿Y cómo podrían molestarse unos a otros, allí, donde se está a cubierto de la persecución sentimental y donde las ocasiones se dan cita?

*Lo admirable en lo fantástico es que desaparece lo fantástico: sólo existe lo real.

Tomado de "Manifiesto del Surrealismo". Ed. Argonauta Alianza Francesa. Buenos Aires (Argentina)